

y las pasiones bajas de los que las han sentido. Con frecuencia, en esas obras quiméricas lo malo supera á lo bueno. ¿Qué buen juicio puede formarse de la primera utopía famosa que nos ha legado Platón bajo el nombre «República», que no es en realidad más que una glorificación de los Espartanos, un retroceso hacia una sociedad de donde toda iniciativa estaba desterrada?

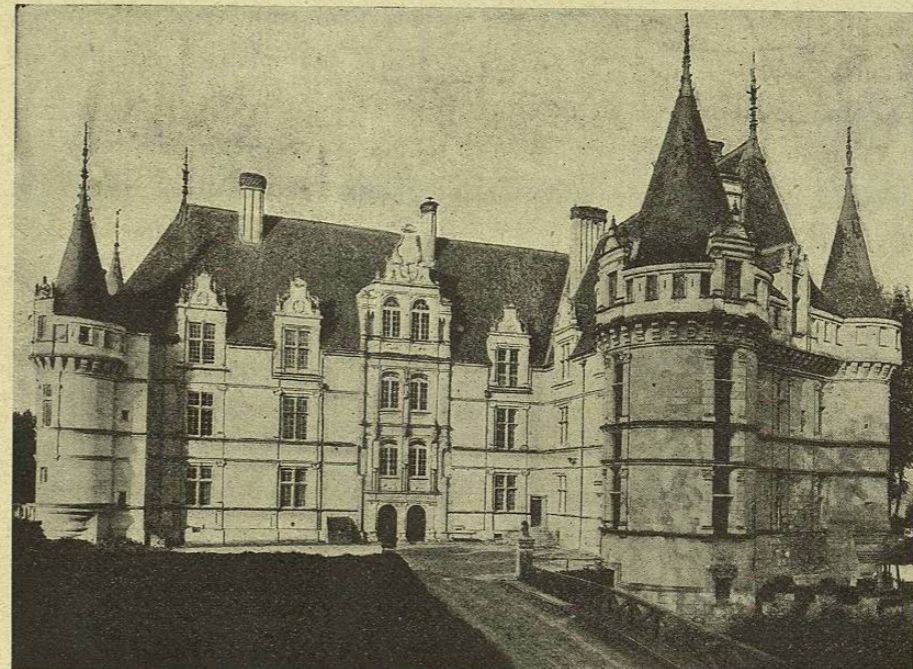
El Renacimiento árabe precedió al Renacimiento italiano, y el ciclo de las utopías comenzó también en una época anterior entre los Moros de España, lo mismo que entre los Sirios y los Árabes de Asia. Entre los forjadores de ideal que evocan una sociedad futura para representarla á sus contemporáneos españoles, cristianos y mahometanos, los eruditos citan al árabe Ibn-Badja, que nació en Zaragoza hace unos ocho siglos y cuyo nombre ha tomado en la historia la forma vulgar de Aven-Pace ó Avempace. Sus escritos no han llegado hasta nosotros, y únicamente conocemos su substancia por un análisis debido al judío Moisés de Narbona, pero es seguro que ningún autor comprendió mejor que él la importancia de la educación individual, siendo cada hombre un centro natural en cuyo rededor se constituye la sociedad en su conjunto como alrededor de su eje¹. Verdadero precursor, veía claramente que las revoluciones duraderas no vienen de arriba, de sacerdotes, de reyes ni siquiera de lo más selecto de los pensadores, sino que han de hacerse primeramente en cada individuo, elemento inicial de todo progreso. «Solitario» él mismo, Ibn-Badja se dirige á los «solitarios» que, en una sociedad imperfecta, tratan de llegar á ser seres constitutivos de una sociedad perfecta. Ante todo les aconseja se desprendan de su educación primera, obrando como plantas que, después de haber sido curvadas, adquieren su porte natural y crecen como conviene á su instinto de vida; «extranjeros en sus familias y en la sociedad que les rodea, los solitarios se transportan por el pensamiento á la república ideal que es su verdadera patria». En el nuevo mundo que suscita Ibn-Badja será inútil hacer justicia, porque las relaciones de los individuos entre sí serán las del amor². La sociedad se transformará en una gran escuela donde cada individuo será solicitado hacia

¹ S. Münck, *Mélanges de Philosophie juive et arabe*, p. 363.

² Ernest Nys, *Autour de la Méditerranée*.

la perfección de su ser, al esplendor de su belleza corporal y moral.

Antes de Ibn-Badja tuvieron los Arabes entre sus filósofos otro utopista famoso, Ibn-Sina ó Avicena¹, cuya enseñanza bien comprendida tenía en el fondo el mismo alcance libertario, pero en el que los Occidentales no vieron más que una novela, un juego de



FACHADA PRINCIPAL DEL CASTILLO DE AZAY-LE-RIDEAU

ingenio. El médico filósofo á cuyo rededor se agolpaba la juventud estudiosa de Bokhara, imagina la existencia del niño Hai, que nace y se desarrolla en una isla desierta, instruyéndose poco á poco por los fenómenos de la Naturaleza y por las lecciones de toda especie que le dan los animales; con ellos y con las plantas vive dichoso, ama á todos los que le rodean y es amado por ellos, aprendiendo incesantemente, gracias á una paciente observación; de ese modo llega á ser filósofo y moralista, sabio y poeta. Esta regresión hacia la Naturaleza, esta fraternización con los animales que quedaban puros de todas las convenciones de la vida artificial, encantaron durante

¹ Avicena, 980-1037. — Avempace nació en Zaragoza en 1100, murió en Fez en 1138.

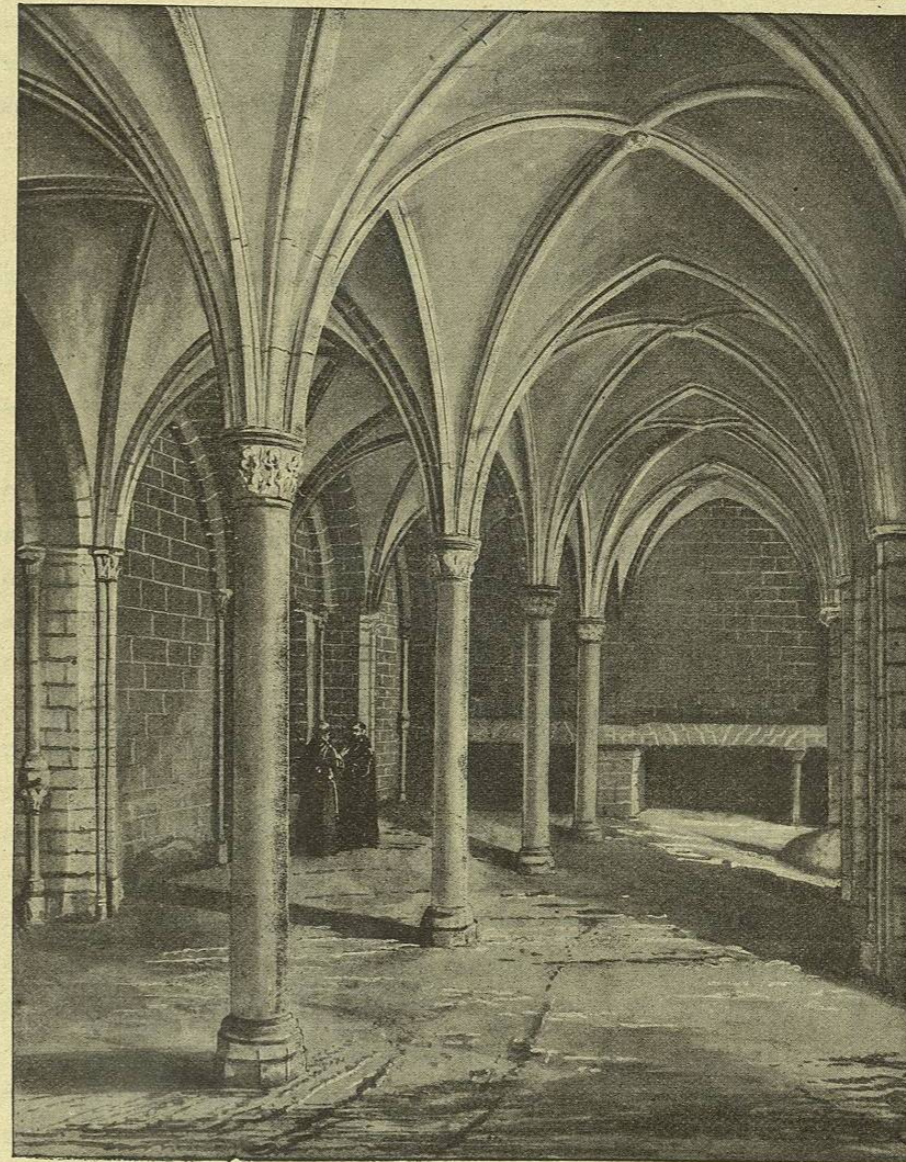
toda la Edad Media á trovadores y juglares, á quienes las necesidades de la existencia obligaban á llamarse cristianos, pero que concebían también ensueños caballerescos de justicia y de bondad¹. De transformación en transformación, Hai, incesantemente modificado por los utopistas, que hacían de él un representante de su carácter y portavoz de sus ideas, acabó por vulgarizarse demasiado, y su genealogía terminó por la numerosa familia de los Robinsón, que descubrían, no una sociedad nueva, sino simplemente los medios prácticos de vivir acomodándose á su medio.

Las utopías del Renacimiento tenían un carácter más elevado, como lo atestigua el sentido mismo dado á la palabra «utopía», desviada de su significación primitiva «en ninguna parte»². El término debía aplicarse en lo sucesivo á los proyectos de mejora social, condenados sin duda á no realizarse, pero inspirados por un sentimiento profundo de solidaridad humana: Campanella trata de colocar al individuo en tal situación, que le es casi imposible ser malo ni depravado. Sin embargo, cada uno tiene su utopía determinada por su propia naturaleza: el más voluptuoso de los poetas, Torcuato Tasso, en la *Amiata*, canta la edad de oro y el amor libre según los ritos de la inocencia natural. Para la multitud abrumada por el trabajo y falta frecuentemente de lo necesario, la utopía es el «país de Cucaña», el *Schlaraffenland*, donde los manantiales de leche y de vino brotan del suelo, donde caen del cielo manjares deliciosos perfectamente preparados, donde existen mesas cargadas de viandas y de frutas á pedir de boca, bajo la sombra de frondosos árboles, á la orilla de arroyos susurrantes. La comilona es el ensueño del pueblo famélico, mientras que la humanidad bien nutrida y aficionada á los libros ve en su imaginación surgir un palacio con grandes bibliotecas, atestadas de volúmenes con encuadernaciones soberbias y texto irreprochable. La abadía de Thelema, la más bella mansión que haya creado el Renacimiento, contenía «grandes librerías en griego, latín, hebreo, francés, toscano y español, repartidas por los diversos pisos en combinación con éstos y con los idiomas». Y, cosa extraordinaria, en aquella abadía, tan diferente de todas las

¹ Raoul Debarbt, *Revue Blanche*, 1.º Diciembre 1900, p. 302.

² Thomas Morus, *De optimo reipublicæ statu, deque nova insula Utopia*, p. 303.

demás, en aquel asilo de la libre conciencia, del estudio y de la felicidad por el respeto mutuo y por la práctica de la vida noble, en aquella «estancia del honor», Rabelais, el pintor de tantas glo-



Cl. Sellier.

ABADÍA DEL MONTE SAN MIGUEL — COCINA Y REFECTORIO

tonerías, descuida absolutamente las cocinas. Se complace en dar todos los detalles de la arquitectura; describe galerías pintadas, salas de estudio y de juegos, colecciones, observatorio, estanques de na-

tación, jardines, todas las disposiciones de los edificios que podían contribuir al confort de los habitantes; hubo tan gran cuidado en la descripción de este palacio de la Voluntad y de la Conducta Libres, que ha podido ensayarse la reproducción del plan de la abadía utópica¹; pero el autor no pensó ó quizá desdenó mencionar la refección del cuerpo en comida y bebida, cosa extraña en una época en que cada abadía poseía cocinas monumentales y reposaba sobre amplias bodegas llenas de barricas superpuestas².

Los soberanos, tan frecuentemente enloquecidos por el vértigo del poder y el incienso de la adulación y de las alabanzas, debieron á su vez sufrir también la embriaguez de aquella época y dar á sus quimeras una forma romántica. El duque de Borgoña Carlos el Temerario fué, en pleno siglo XV, el tipo más notable de esos jefes de Estado que se dejan llevar por la pasión frenética de lo imposible. Probablemente la extraña configuración de sus Estados, tan poco conforme con las divisiones geográficas naturales, debió contribuir en gran parte en el destino fatal del ambicioso personaje: aquel conjunto absurdo de posesiones no tenía valor á sus ojos sino completándose con la adquisición de todas las regiones intermedias, y mientras no lograra darle una forma normal y definitiva, había de intrigar, maquinar y sobre todo combatir sin reposo. Su existencia aventurera fué la consecuencia necesaria de esa lógica de la historia que le imponía la transformación de sus esparcidos dominios en un reino poderoso y bien equilibrado.

Pero esa unidad que quería crear para una Borgoña en gran parte artificial, entraba forzosamente en conflicto con otros grupos políticos más sólidamente constituídos y de mayor vitalidad natural como organizaciones nacionales: Alemania, Suiza y Francia. Además, Francia se hallaba precisamente regida por el amo más prudente y menos aventurero que haya existido jamás. El contraste entre los dos soberanos rivales era completo, añadiendo rasgos cómicos y hasta grotescos á los elementos del drama. Ya las poblaciones habían

¹ Arthur Heulhard, *Rabelais, ses Voyages en Italie*; — César Daly, *Revue d'Architecture*, 1841.

² Eugène Noël, *Notas manuscritas*.

notado la singular diferencia que presentaban en su porte y en su ademán el joven Luis XI y el duque de Borgoña, llamado «el Bueno», que se había hecho el fastuoso mentor y protector del rey de Francia. Cuando hicieron juntos su entrada en París (1461), se decía del rey: «¿Es ese un rey de Francia? Su vestido y su caballo no valen en junto veinte libras», mientras que Felipe el Bueno se le proclamaba «un hombre sol» por la voz unánime de la multitud¹. Cuando Luis XI tuvo después por adversario, aunque frecuentemente por supuesto aliado, el sencillo é impetuoso hijo de Felipe, Carlos el Temerario, la oposición de las dos individualidades características colocadas á la cabeza de los dos Estados tomó una forma notable. Uno y otro eran, sin embargo, hijos de su tiempo y no pertenecían á la Edad Media sino por supervivencias de orden secundario. Luis XI comprendía perfectamente que tenía que apoyarse sobre el pueblo para combatir los grandes vasallos y retrotraer el feudalismo á la observancia de las leyes del reino; aunque muy devoto y hasta fetichista en su adoración de las imágenes santas, no ignoraba el peligro que corría la sociedad civil si dejaba afirmarse el poder de los curas y de los frailes, y, aunque fué el primero de los reyes de Francia á quien el papa calificó de «cristianísimo», fué quizá el que más ayudó al pueblo á desprenderse de su fe primera dando al poder civil la preponderancia sobre el poder religioso; por último, amó la paz y hasta supo vivir sencillamente en un modesto palacio que nada tenía de real. Se le llamó la «araña»: metido prudentemente en el fondo de su tela, vigilaba las moscas susurrantes que revoloteaban por aquí y por allá á su alrededor y que al fin venían á caer en sus redes.

En cuanto al «Temerario», descendiente de una larga generación de caballeros, amaba la guerra por la guerra misma; se complacía en dar golpes exponiéndose á recibirlos en cambio, pero no era un simple pendenciero, como se han visto tantos entre sus antepasados; sentíase también penetrado de las grandes ambiciones de su siglo, y aunque á veces tan cruel como su rival Luis XI, tenía, no obstante, algunos rasgos de magnanimidad. Instigado por el loco deseo de conquistarse un reino, que no le hubiera bastado y que

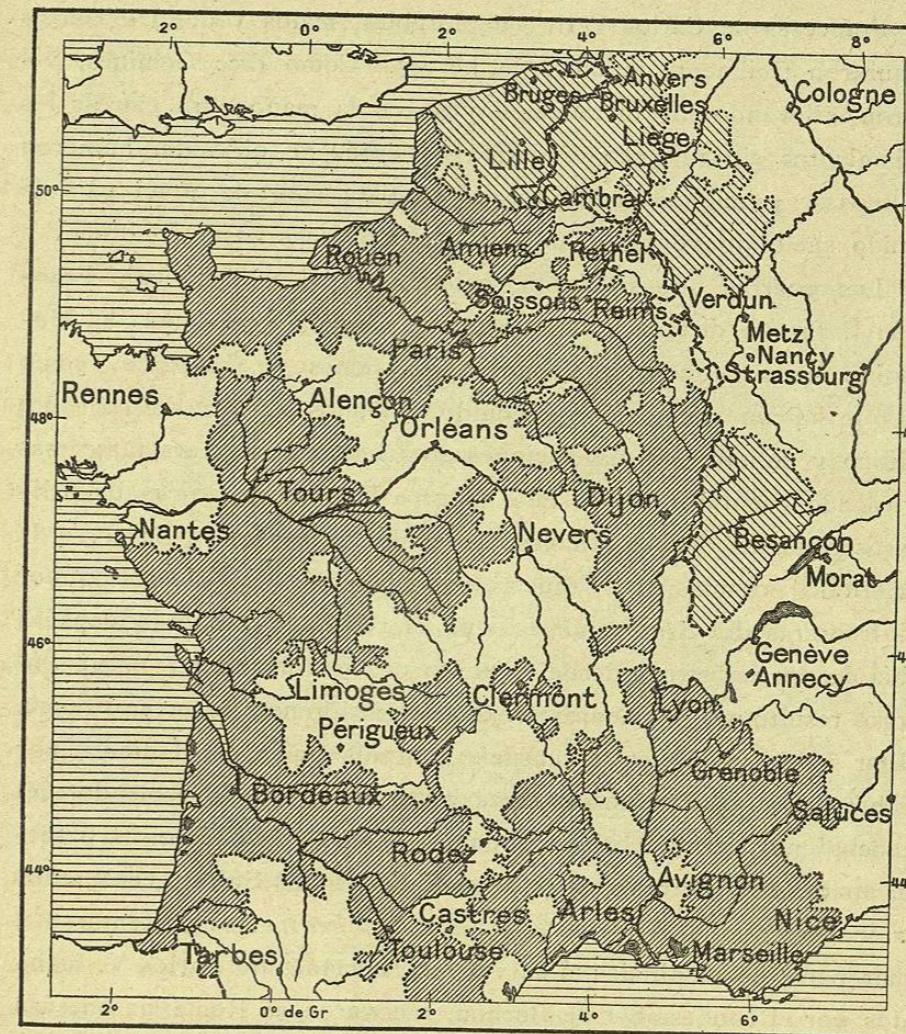
¹ H. Fierens-Gevaert, *Psychologie d'une Ville*.

hubiese querido universal, hizo de sus diez años de reinado diez años de guerras, y acabó por perecer miserablemente ante las murallas de Nancy (1477). Anteriormente, dos sangrientas derrotas sufridas en Suiza, en Granson y en Morat, le habían despojado de su prestigio: los ribereños del lago de Morat se complacían en mostrar flotando sobre las aguas grandes algas manchadas de rojo, que llamaban «sangre de los Borgoñones».

La casa de Borgoña se derrumbó en provecho de los Estados vecinos, sobre todo en el de Francia. Cuando murió Luis XI había extendido su reino hasta los Alpes y los Pirineos, y muchas ciudades que antes sólo le habían pertenecido por los lazos de un homenaje indirecto, se hallaban definitivamente sometidas á sus leyes; los ingresos de su territorio se habían elevado á más del doble, y el peso de los impuestos pagados por los burgueses y los proletarios se había aligerado notablemente. En cuanto á Suiza, enorgullecida por sus victorias, llegó á dejarse arrastrar por su mismo triunfo á la vergüenza nacional por excelencia, la de vender sus hombres al que más pagaba como instrumentos vivientes de guerra. El alquiler de los mercenarios llegó á ser la principal industria de los confederados: durante cuatrocientos años, los Suizos, hoy tan orgullosos de sus «libres montañas», tuvieron por lucrativo oficio el de ir á destruir por dinero la libertad de los pueblos circundantes. Francia, sobre todo, fué el mercado de carne helvética; de 13 cantones, 12 se habían comprometido á suministrar al rey una leva permanente de seis mil á dieciséis mil hombres, pero no bastaban los salarios estipulados, se necesitaban además regalos: frecuentemente los Suizos esperados no se presentaban.

El sucesor de Luis XI no tuvo reparo en derrochar realmente las economías de su padre. Como Carlos el Temerario, pero sin energía de voluntad, Carlos VIII se dejó guiar por su fantasía, y como ésta le mostró las maravillas de Italia, quedó fascinado. En realidad, la expedición de Carlos al otro lado de los Alpes no fué una guerra, sino una aventura novelesca; ni siquiera sabía dónde iba, se dirigía únicamente hacia el sol del Mediodía, hacia el mar azul, hacia los países espléndidos de los cuales había salido la vida; caminaba adelante como el paladín de las leyendas que había leído en su infancia. No hubo conquista más fácil, porque Italia, dividida políticamente

N.º 372. Francia al final del siglo XV.



1: 7 500 000

0 100 250 500 Kil.

El rayado ancho cubre el territorio que quedó á la casa de Borgoña á la muerte de Carlos el Temerario. Durante su vida el duque poseyó el ducado de Borgoña (véase mapa n.º 345, página 149), y, por poco tiempo, la Alsacia, después la Lorena.

El rayado estrecho indica el territorio directamente gobernado por Luis XI al final de su reinado; Bretaña se le unió pronto, en 1491, por el matrimonio de Carlos VIII con la joven duquesa Ana, que se casó también con su sucesor Luis XII.

entre tantos príncipes, no tenía ya fuerza de resistencia colectiva en sus municipios, y también porque la mayor parte de los letrados habían ya dejado atrás la estrecha concepción de patria, sin haber